

CONOCIMIENTO Y TEORIA EN HISTORIA REFLEXION EPISTEMOLOGICA *

J. M.^a Linares Tirado

Como una rémora del positivismo, la ciencia social se debate actualmente en su caracterización como tal, dada la supuesta «debilidad» frente a otras ciencias en que su objeto —quizá más preciso— es estudiado sin excesivas discrepancias por sus investigadores. En éstas, la condición «material» de dicho objeto permite utilizar un utillaje metodológico comúnmente aceptado, si bien todo desarrollo científico está imbuido por la forma de pensar del sujeto cognoscente, como ha puesto de manifiesto Althusser al desvelar la ideología subyacente a los trabajos biológicos de Monod¹. En cambio, la ciencia social, en la que objeto y sujeto se identifican, no sólo produce fuertes desacuerdos en la explicación de los fenómenos, sino incluso en la determinación de los hechos acaecidos y en los procedimientos de investigación adecuados.

Según esta perspectiva, se ha achacado repetidamente a las ciencias humanas su imposibilidad de formular leyes comúnmente aceptadas de la caracterización y evolución de los procesos sociales, y de ahí, su tipologización como *idiográfica* (principalmente la historia, que estudiaría lo único y no repetido). Sin embargo, encontraríamos graves dificultades si definiéramos las demás ciencias como formuladoras de leyes con una validez universal (la misma ley newtoniana de la gravedad sólo se cumple en unos determinados límites espacio-temporales) y con una certeza de predicción a la manera de la astronomía. Pretender la científicidad en base a esto, no sólo descalificaría a numerosas ciencias no sociales, también supone presentar como modelo de conocimiento una caracterización absoluta y estática del objeto de estudio, desconociendo la procesualidad del conocimiento y el hecho de que *“una teoría científica es una visión global y provisional de la realidad, que se modifica o mejor, se enriquece cuando se han agotado sus efectos por su avance práctico, y cuando choca, en la realidad, con un aspecto desconocido”*².

No podemos pretender que unos determinados acontecimientos conduzcan a unos resultados «tipo», sino a una serie de posibles consecuencias que se establecen esta-

* Trabajo presentado a las *II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia*. Cáceres, 1981.

¹ ALTHUSSER, L. *Curso de filosofía para científicos*. Laia. Barcelona, 1975. Págs. 118 y ss.

² VILAR, P. «Marxismo e historia en el desarrollo de las ciencias humanas. Para un debate metodológico». En *Crecimiento y desarrollo*. Ariel. Barcelona, 1976. Pág. 363 (primer subrayado mío).

dísticamente. Ello está en función del carácter abierto y complejo de la materia de estudio, así como de la gran cantidad de interrelaciones observables entre los distintos fenómenos, lo que imposibilita una causalidad lineal. La comprensión de la especificidad de la ciencia social, y en especial de la historia, así como el reconocimiento de la complejidad de su estudio, nos pone en vías de abordar, en los términos apropiados, la cientificidad de nuestra disciplina, aceptando con P. Vilar que «la materia histórica está estructurada y es pensable, científicamente penetrable como cualquier otra realidad»³.

En efecto, debemos coincidir en que los fundamentos de la actividad científica pasan por la reflexión de la validez de sus postulados y de la forma de abordar el conocimiento de los mismos, un esfuerzo teórico que, relegado a los filósofos, no ha encontrado el necesario eco entre los historiadores, los cuales lo han concebido por lo común como teoría de la historia y generalmente han hecho uso de una manera ecléctica de las corrientes filosóficas en boga, equiparando conceptos opuestos y aun contradictorios. Por otra parte, la sucesiva introducción de nuevas y sofisticadas técnicas de estudio no pocas veces parecen hacer innecesario cualquier esfuerzo reflexivo previo, amparándose en la creencia implícita de que el valor científico viene dado por el uso de una tecnología o por la adecuación de técnicas de estudio de otras disciplinas «más científicas».

Una teoría del conocimiento debe estar en la base de todo intento serio de establecer la comprensión científica de una materia de estudio. Partiendo de los tres componentes del proceso de conocimiento, *sujeto cognoscente, objeto de conocimiento y conocimiento como proceso cognoscitivo*, A. Schaff⁴ ha tipologizado los tres modelos principales de abordar el estudio de la realidad:

1. El *modelo mecanicista*, que concibe el conocimiento como reflejo pasivo o copia del objeto, no teniendo en cuenta el papel del sujeto, que es receptivo y contemplativo.

2. El *modelo idealista y activista*, donde la preeminencia es del sujeto cognoscente, que «fabrica» su propio objeto de conocimiento, negando en sus últimas consecuencias la realidad.

3. El *modelo objetivo-activista*, que propugna la interacción, en el proceso cognoscitivo, del objeto y del sujeto, los cuales mantienen su existencia objetiva y real actuando uno sobre otro; se atiende aquí al papel activo del sujeto, que está condicionado por factores sociales que introducen en el conocimiento una visión de la realidad transmitida socialmente.

La aceptación de este tercer modelo (que se define gnoseológicamente *realista*, ontológicamente *materialista, activista* en cuanto a la acción del sujeto y *social*, concibiendo al individuo como producto de las determinaciones sociales), es de especial importancia para comprender la característica científica de la ciencia histórica, ya que puede ponernos sobre bases seguras al abordar el problema de la objetividad del conocimiento. Parece obvio afirmar el carácter materialista del objeto de estudio, a menos que neguemos nuestra práctica común. Ahora bien, es igualmente evi-

³ VILAR, P. *Historia marxista, historia en construcción*. Ensayo de diálogo con Althusser. Anagrama. Barcelona, 1974. Pág. 8.

⁴ SCHAFF, A. *Historia y Verdad*. Crítica. Barcelona, 1976. Pág. 78.

dente el carácter activo del sujeto cognoscente, que actúa con un bagaje previo al abordar cualquier investigación. Pero no debemos considerar al sujeto desde un punto de vista individualista y subjetivista (aislado de la sociedad, prescindiendo de la cultura y reducido a sus características biológicas), sino social y objetivista: no se puede escamotear su incardinación en sociedad y el influjo que ésta ejerce sobre el mismo. El hombre no sólo sufre determinismos biológicos, sino sociales, y precisamente la interacción individuo-especie-sociedad ha sido la que ha posibilitado el desarrollo de sus potencialidades biológicas, técnicas, culturales, organizativas, etc. como ha explicitado adecuadamente E. Morin⁵.

Concebimos entonces que el carácter del conocimiento está en relación con el aparato conceptual transmitido socialmente por la educación y que los juicios están condicionados socialmente por valores aceptados, los cuales tienen un carácter de clase; es imposible, de este modo, soslayar el carácter de praxis del conocimiento y nuestra epistemología debe estar dirigida en este sentido. Ya Marx lo había hecho notar en su primera tesis sobre Feuerbach:

«El defecto fundamental de todo materialismo anterior —incluyendo el de Feuerbach— es que sólo concibe el objeto, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de *objeto (objekt)* o de la *contemplación*, pero no como *actividad sensorial humana*, como *práctica*, no de un modo subjetivo»⁶.

¿Cómo podemos afirmar entonces la objetividad del conocimiento partiendo de estos supuestos?, esto es, ¿tiene una validez universal, y no sólo individual, el conocimiento si admitimos que el sujeto, socialmente condicionado, posee un papel activo en el acto de conocimiento? Debemos matizar la respuesta: si no lo entendemos de forma absoluta, sí tiene una validez universal, si lo concebimos con tal característica absoluta la respuesta es negativa. Porque si hemos admitido el ineludible papel del sujeto cognoscente, éste no puede ser imparcial, «aséptico», no afectado por la subjetividad de sus condicionamientos y permaneciendo la verdad como absoluta: la objetividad es una propiedad relativa y no absoluta, suponiendo los actos de conocimiento un proceso, no un dato definitivo e inmutable. En este sentido, «el conocimiento científico y sus productos siempre son, por consiguiente, objetivo-subjetivos: objetivos con respecto al objeto al que se refieren y del cual son el reflejo específico, y por su validez universal relativa y por la eliminación relativa de su coloración emotiva; subjetivos, en un sentido más general, debido al papel activo del sujeto cognoscente»⁷.

La concepción de la verdad en historia debe rechazar, ante nuestra adscripción al tercer modelo, tanto la concepción relativista según la cual la verdad depende del objeto, lugar y tiempo⁸, (lo cual lleva a un subjetivismo negador de la objetividad),

⁵ MORIN, E. *El paradigma perdido: el paraíso olvidado*. Kairós. Barcelona, 1974.

⁶ MARX, K. - ENGELS, F. *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos*. Grijalbo. Barcelona, 1974. Pág. 9.

⁷ SCHAFF, A. *Op. cit.*, pág. 103.

⁸ «La apariencia de que la verdad del enunciado varía con el objeto, el lugar y el tiempo, es el resultado de un malentendido, puesto que se trata de proposiciones indeterminadas (elípticas) por los términos empleados. Basta remediar esta indeterminación para que desaparezcan los malentendidos. Si se desarrollan las construcciones elípticas determinando el sujeto, el tiempo y el lugar (...), las proposiciones que

como la concepción de la verdad «total», que supone una visión cerrada y estática del objeto de conocimiento.

Se plantea ante el condicionamiento subjetivo del conocimiento (entendiendo lo subjetivo como objetivo-social), el problema de la ideología: al estar socialmente condicionada y reflejar los intereses de un grupo social determinado se considera que toda ideología es una falsa conciencia (Mannheim). Al situar bajo el mismo patrón a toda ideología y hacer depender el conocimiento de una situación social concreta, la sociología del conocimiento mannheimiana conduce necesariamente al relativismo, se renuncia en el estudio científico de los fenómenos sociales a una verdad intersubjetiva objetiva⁹. Consciente de ello, Mannheim recurre al relacionismo, que sólo se transforma en relativismo si se le asocia al antiguo ideal de las verdades eternas y si se adopta como ideal la verdad absoluta¹⁰. En efecto, el relacionismo implica negar el primer modelo de conocimiento y considerar el carácter parcial de las verdades alcanzadas y la procesualidad y dinamicidad del conocimiento, mientras que el relativismo se asocia al subjetivismo y a la negación de las verdades independientes de las circunstancias; sin embargo, considerar toda ideología como falsa conciencia es admitir el postulado de que la verdad absoluta es la medida de la verdad, con lo que se confunde verdad absoluta con objetiva desembocando en el relativismo.

La sociología del conocimiento mannheimiana está basada en las categorías marxistas de base y superestructura y en la concepción de la ideología. Para el marxismo, la conciencia humana no es autógena ni autónoma, sino heterónoma, reflejo de la existencia social de los hombres: no es la conciencia la que determina la existencia social, sino ésta la que determina la conciencia, como precisó Engels, en última instancia, pues ambas se interaccionan mutuamente. Es inseparable, entonces, la conciencia humana del desarrollo social, y en éste, las relaciones de propiedad, expresión jurídica de las relaciones sociales de producción, producen la división de la sociedad en clases con intereses distintos y aun contradictorios. La influencia de esta división sobre las actitudes cognoscitivas llevan a resultados diferentes en el acto de conocimiento.

Y en este sentido, Marx y Engels consideraron la ideología como falsa conciencia: con la división de la sociedad en clases y el influjo del interés clasista sobre los miembros de una clase. La ideología de la clase dominante, para ellos, sí suponía una deformación del conocimiento, en cuanto «la situación social permite erigir en absolutos los juicios particulares y una visión particular del mundo a partir de las posiciones de la clase dominante»¹¹.

En cambio, no consideraron como tal su propia teoría, hecho que les es criticado por Mannheim. El error de este autor consiste en haber confundido la definición de ideología con el enunciado «la ideología es una falsa conciencia», que hace hincapié en el valor cognoscitivo de la misma pero como tal no define. Si Marx hubiese

se obtienen son verdaderas o falsas independientemente de la persona que la enuncia y del lugar y el instante en que son formuladas».

SCHAFF, A. *Op. cit.* pág. 110.

⁹ SCHAFF, A. *Op. cit.* pág. 175.

¹⁰ MANNHEIM, K. *Wissenssoziologie, Handwörterbuch der soziologie*. Stuttgart, 1959. Pág. 666. Cit. por SCHAFF, A. *op. cit.*, pág. 186.

¹¹ SCHAFF, A. *Op. cit.* pág. 204.

considerado como ideología su propia teoría habría caído en el mismo problema de relativismo en que desemboca la epistemología mannheimiana. De esta forma podemos adoptar otra definición de ideología que nos solucione este problema. Para A. Schaff se trata de:

«los puntos de vista basados en un sistema de valores y relativos a los problemas planteados por el objetivo deseado del desarrollo social; puntos de vista que determinan las actitudes de los hombres, o sea, su disposición para adoptar algunos comportamientos en situaciones determinadas y su comportamiento efectivo en las cuestiones sociales»¹².

Así, nada impide considerar que estas ideas sobre el desarrollo social puedan provenir de tesis científicas y que coincidan con unos intereses de clase determinados. Ahora bien, parece lógico pensar que, mientras las clases que luchan por el mantenimiento del orden social, al estar enfrentados sus intereses al desarrollo de la sociedad, sufren los mecanismos síquicos que frenan su concepción de la misma, adoptando las posiciones conservadoras de una imagen deformada de la realidad¹³; las clases ascendentes que luchan por la transformación, están en disposición de escapar a estos frenos que forman parte de la percepción de la realidad social, y así, la comprensión de los procesos sociales y la ideología que sirve a sus planteamientos teóricos y a su acción social son un reflejo adecuado de la misma, si bien (y esto no se debe perder de vista, a peligro de caer en estériles dogmatismos) parcial e incompleto debido al carácter procesual del conocimiento¹⁴.

Por tanto, podemos coincidir en que es posible un conocimiento objetivo en ciencias sociales en la medida que tienen un carácter de clase, y en que no todo conocimiento efectuado desde «un punto de vista» determinado lleva a una deformación del conocimiento, a condición, claro está, de que no se considere al mismo tiempo que la verdad absoluta es un patrón de medida, lo que conduce al relativismo y a la negación de todo planteamiento científico.

Concebir la verdad como absoluta o «total» es suponer el carácter cerrado y estático del objeto de conocimiento, olvidando el carácter infinito de las correlaciones y mutaciones en el tiempo del mismo, ya sea tomado en su totalidad o en cualquiera de sus múltiples partes. Esto nos coloca de lleno en el problema del tratamiento de lo complejo, no entendido como complicación, como dificultad, sino como límite epistemológico a reconocer: el objeto de estudio no se puede cerrar debido a su carácter abierto, y por tanto, el análisis indiscriminado en que se trocea la realidad y se intenta desmenuzar todas sus variables nos conduce a la imposibilidad de reconstrucción en síntesis del objeto de estudio que pretendíamos comprender: se

¹² *Ibid.*, pp. 209-210.

¹³ El propio Mannheim ya había observado este punto (no así el siguiente) al apuntar que «los que están satisfechos con el orden existente de cosas es muy posible que presenten la situación fortuita del momento como algo absoluto y eterno, para tener, de este modo, alguna cosa estable que seguir sosteniendo y minimizar así lo azaroso de la vida. Sin embargo, no puede hacerse esto sin recurrir a toda clase de nociones románticas y de mitos».

MANNHEIM, K. *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. Aguilar. Madrid, 1973. Pág. 81.

¹⁴ SCHAFF, A. *Op. cit.* pág. 213-214.

han roto las interacciones entre las partes y cada una de ellas, en su complejidad, nos reenvía al todo¹⁵:

«Ni la descripción ni la explicación de un sistema pueden efectuarse a nivel de las partes, concebidas como entidades aisladas, unidas solamente por acciones y reacciones. La descomposición analítica en elementos descompone también el sistema, cuyas reglas de composición no son aditivas, sino transformadoras»¹⁶.

No se trata, por tanto, de copiar la realidad «tal cual es», hecho que nos conduciría a una infructuosa fragmentación del objeto de estudio¹⁷ y a la imposibilidad de comprenderlo científicamente, sino de obtener una representación mental de la realidad, lo cual necesita el encuadre teórico y la aplicación de modelos de estudio del objeto histórico que se adapten a los diversos aspectos y las fases de desarrollo del mismo, pues el «conocimiento verdadero» es un devenir. El ejercicio teórico establece unas categorías de jerarquización de variables adecuadas para la comprensión de los procesos fundamentales del objeto de estudio, y es «el que garantiza salvar las relaciones de la acción del análisis, porque la teoría se levanta sobre las relaciones que la deducción va tejiendo»¹⁸.

La ausencia de planteamientos teóricos en la moderna historiografía es una tónica bastante generalizada. La herencia del positivismo, pese a haber sido superada en muchos aspectos (el combate de los *Annales* fue una muestra bastante patente), planea sobre las actuales investigaciones en que se pretende la científicidad en base a la asepsia, la neutralización del factor subjetivo y el aporte sistemático de «hechos brutos» a través de una documentación escasamente interrogada desde un punto de vista teórico. La teoría aparece como lucubración filosófica indigna de un científico y no se atiende al carácter dialéctico teoría-práctica que supone la definición anteriormente apuntada de teoría. El recurso a una fina metodología que pormenore cada vez más las partes de la realidad a estudiar se considera como aval suficiente para hacer ciencia, y así no comprendemos que, cada vez más, nos alejamos de la comprensión científica de la materia histórica.

El materialismo histórico, considerado por algunos historiadores no sospechosos de adscribirse al mismo como «*la más global y coherente de las visiones sintéticas de la historia*»¹⁹, se nos presenta como un importante útil teórico en orden a la caracterización científica de la historia que venimos propugnando²⁰.

¹⁵ Véase el sugerente artículo de A. R. de las Heras «Teoría, método y laboratorio en (Historia)» en *Estudios de Historia de España*, II (Homenaje a M. Tuñón de Lara). Santander, 1981.

En él se concluye que «*la complejidad como límite epistemológico impone un óptimo para tratar los objetos de estudio, el cual supone que en ningún caso se trabaje con más de la mitad de las variables que pueden intervenir*». Pág. 669.

¹⁶ MORIN, E. *El Método. I. La naturaleza de la naturaleza*. Cátedra, Madrid, 1981. Pág. 149.

¹⁷ «L'idée, malhereusement répandue, selon laquelle la juxtaposition de multiples enquêtes régionales ferait jaillir d'elle même la lumière est d'ailleurs d'une désolante stérilité».

BOIS, G. *Crise du féodalisme. Economie rurale et démographie en Normandie orientale du début du XIV^e siècle au milieu du XVI^e siècle*. París, 1976. Pág. 13.

¹⁸ R. de las HERAS, A. *Op. cit.* pág. 664.

¹⁹ LE GOFF, J. - NORA, P. *Hacer la historia*. Vol. I. Laia. Barcelona, 1978. Pág. 9.

²⁰ «La razón principal para la creciente influencia del marxismo fue la convicción de que ofrecía las únicas bases realmente satisfactorias para un ordenamiento racional de los hechos complejos de la historia humana».

No pretendo tratar exhaustivamente el tema sino poner de manifiesto que no se trata de una filosofía de la historia, sino de una teoría de la sociedad, una hipótesis sobre la articulación de los niveles internos y sobre la causalidad y jerarquía de estos niveles, que «supone a un tiempo la autonomía relativa de las estructuras sociales y su relación recíproca en un modo de interacción y unos niveles determinantes en última instancia, pero nunca directamente visibles, que suscitan unas condiciones de producción y reproducción de la base material de la existencia social»²¹.

En este sentido, la experiencia «inmediata» carece de sentido científico y lo observable es una realidad que oculta otra más profunda cuyo conocimiento es el objetivo del conocimiento científico²². Coincidiendo con esto, P. Vilar ha apuntado muy convenientemente que:

«Marx pensó que si la *objetivación de lo subjetivo* (puesto que esto es lo esencial) existe en el seno de lo económico, no hay razón ninguna para que los restantes tipos de interés humano, y particularmente los intereses políticos, no alcancen también al entrar en combinación y en lucha, una objetivación en los hechos que constituye, precisamente la racionalidad, la necesidad de la historia, y que *hace entrar todo lo humano, en el espacio y en el tiempo, en el campo del posible análisis científico*»²³.

Esta objetivación de lo subjetivo debe ponernos en evidencia los mecanismos internos de producción y reproducción de la vida material de cada tipo de sociedad, de los que dependen en última instancia los desarrollos institucionales y de formas de conciencia; mecanismos internos que tienen unas contradicciones que suponen su articulación como entidades no estáticas que tienen en su interior el germen de su propia destrucción para dar paso a nuevas formas organizativas²⁴. Principio éste de especial importancia en la comprensión histórica, lo dinámico, *la dinámica de las sociedades humanas* que debe ser el objeto de estudio de la historia²⁵, y que es frecuentemente olvidado, con un claro interés reaccionario, por escuelas historiográficas contemporáneas como la de los *Annales*:

«La nature humaine et les grandes courbes quantifiées des données climatiques, démographiques ou de la production forment les deux faces d'une vision essentielle du discours Annaliste: la permanence, l'histoire structure, "l'histoire immobile" qui engloute tout desir de changement car les forces sociales y sont réduites à l'impuissance (...) La morale de cette histoire est la suivante: la nature humaine est inmutable»²⁶.

BARRACLOUGH, G. «History», cap. III de *Main Trends of Research in the Social and Human Sciences*, 2ª parte. Unesco, sin fecha. Pág. 26.

Cit. por CARDOSO, C.F.S. - PEREZ BRIGNOLI, H. *Los métodos de la historia*. Crítica. Barcelona, 1977. Pág. 72.

²¹ GODELIER, M. *Funcionalismo, estructuralismo y marxismo*. Anagrama. Barcelona, 1974. Pág. 43.

²² *Ibid.*, pág. 23.

²³ VILAR, P. «El método histórico». En *Althusser, método histórico e historicismo*. Anagrama. Barcelona, 1972. Pág. 10.

²⁴ Véase el prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política*. Comunicación. Madrid, 1970.

²⁵ VILAR, P. *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Crítica. Barcelona, 1980. Pág. 43.

²⁶ DOSSE, F. «Les Annales: histoire d'une derive». *Vendredi*, n° 6. Enero, 1980. Pág. 6.

En cambio, el estudio histórico de las instituciones y los acontecimientos no debe ser un fin en sí mismo sino que se debe descubrir su vinculación con la dinámica de las sociedades a que pertenecen, y en este sentido, la investigación histórica se resuelve como estudio de los mecanismos que vinculan la dinámica de las estructuras a la sucesión de los acontecimientos²⁷. De esta forma, la interacción dialéctica teoría-praxis en un ciclo continuo permite la comprensión científica alejándose tanto de la especulación filosófica como del análisis empírico indiscriminado y estéril de hechos escasamente pensados, esto es, supuestamente «brutos», y en este sentido, la validez fundamental del marxismo es que «no se ha limitado a *explicar*. Ha *actuado*. Ha *intervenido*. E inmediatamente, al enfrentarse con la realidad, se ha *modificado* y *enriquecido*, calificándose a sí como una «teoría verdadera»²⁸.

En este ciclo de contrastación de la teoría con la realidad se inscribe la formulación de modelos de estudio científicos que nos den las claves adecuadas de la comprensión de los fenómenos determinantes del entramado social, y debemos coincidir en que, para que un modelo científico posea una verdadera operatividad, y para que no se pierda en formulaciones idealistas o propugne un tipo de conocimiento según la teoría del reflejo pasivo, en definitiva, para que sea coherente con el tercer modelo de abordar el conocimiento, debe desechar tanto la caracterización universal y absoluta como la meramente empírica. En este sentido, el concepto modo de producción se aleja de ambos planteamientos y se define como «una *estructura que expresa un tipo de realidad social total*, puesto que engloba, en las relaciones a la vez *cuantitativas* y *cualitativas* que se rigen todas en una interacción continua: 1. las reglas que presiden la obtención por el hombre de productos de la naturaleza y la distribución social de esos productos; 2. las reglas que presiden las relaciones de los hombres entre ellos, por medio de agrupaciones espontáneas o institucionalizadas; 3. las justificaciones intelectuales o míticas que dan de estas relaciones, con diversos grados de conciencia y sistematización, los grupos que las organizan y se aprovechan de ellas, y que se imponen a los grupos subordinados»²⁹.

Los diversos niveles que intervienen en el entramado social están en el modelo interrelacionados y jerarquizados en el sentido de la determinación en última instancia de la infraestructura productiva. Ahora bien, cada nivel tiene una autonomía relativa, hecho que no debe llevarnos a una separación de niveles en el estudio histórico (peligro, por ejemplo, de la econometría), pero que nos pone en guardia ante caracterizaciones unicasalistas en la explicación de los hechos en el sentido de que la infraestructura «produce» la superestructura.

En este sentido, la actual investigación marxista tiende más al carácter de correspondencia que de determinación, destacándose la interrelación dialéctica entre

J. Revel ha puesto igualmente de manifiesto cómo la historiografía de Annales, preocupada por las permanencias, se ha fijado más en las rupturas que en restituir la evolución, y cuando se ha atendido a esta última, los historiadores próximos a esta escuela han tenido que buscar modelos teóricos en otros autores, como es el caso de Vilar o Bois en Marx o de Le Roy Ladurie en Malthus (este último para negar la evolución).

REVEL, J. «Histoire et sciences sociales: les paradigmes des Annales». *Annales E.S.C.* n.º 6, 1979. Págs. 1360-1376.

²⁷ VILAR, P. *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, cit., pág. 47.

²⁸ VILAR, P. «Marxismo e historia en el desarrollo de las ciencias sociales». En *op. cit.*, pág. 364.

²⁹ VILAR, P. *Iniciación al vocabulario...* cit., pág. 67.

distintos niveles. M. Godelier ha puesto de manifiesto, incluso, que la distinción entre infraestructura y superestructura no es una distinción de instituciones, sino de funciones. Así, para que una actividad social ocupe el papel dominante en el funcionamiento de una sociedad «es necesario que asuma además de su finalidad y de sus funciones implícitas directamente y desde el interior, la función de relación de producción»³⁰.

La investigación mediante el modelo marxista de modo de producción posibilita la comprensión de la lógica interna del sistema, lo oculto del mismo que escapa a la observación directa y que sin embargo explica el mecanismo de su funcionamiento, siempre que tengamos en cuenta, como venimos exponiendo, que al definirlo como estructura³¹:

— *No se trata de un esquema universal*, dada la variedad de modos de producción existente.

— *No se trata de realidades eternas*. La ideología de las clases dominantes de cada modo de producción, que a su vez domina las formas de pensamiento de la sociedad, tiende a presentar las relaciones sociales existentes como eternas para seguir manteniendo los mecanismos de dominación, con lo cual falsean la dinamicidad de los procesos históricos. Tampoco tiene la caracterización con que autores como Baudel conciben las estructuras: reducción en el espacio y larga duración, que hacen concebir los fenómenos históricos con la resistencia de las supervivencias al avance de la innovación y desembocan en construcciones estáticas falseadoras del objeto de estudio de la ciencia histórica.

— *No se trata de fórmulas que engloben toda la realidad social concreta*, lo que llevaría a una mera descripción de la misma, sino a la dominante, la que determina los procesos principales y determinantes. Se atiende por tanto a una jerarquía de procesos y de esta forma se imposibilita que todas las variables tengan un status idéntico que permita una interrelación indiscriminada.

Estas diferencias fundamentales con cualquier concepción dogmática de estructura, nos hablan de las posibilidades del modelo en orden a la consecución del estatus científico para la ciencia histórica. Al aceptar como objeto de la misma la dinámica de las sociedades humanas, el modelo de abordar el estudio no debe estar caracterizado como una estructura estática de relaciones, sino como un *modelo de funcionamiento*. En efecto, «la estructura de funcionamiento de un modo de producción *comporta y genera* contradicciones»³², contradicciones que producen crisis en lo económico y luchas de clase en lo social, contradicciones que ponen de manifiesto la realidad profunda del sistema y las desestructuraciones que conducen a una manera diferente de organizar la producción, las relaciones sociales, las instituciones, etc., en otro modo de producción diferente.

Ahora bien, debemos tener presente que el estudio histórico de un caso concreto desborda los marcos de la estructura dominante; no existen modos de producción «puros», ya que este es una abstracción teórica que no engloba toda la realidad social, por lo que en cada formación social encontramos vestigios de modos de pro-

³⁰ GODELIER, M. «Infraestructuras, sociedades, historia». *En teoría* nº 2. Madrid, 1979. Pág. 6.

³¹ VILAR, P. *Iniciación al vocabulario...* cit., pág. 69.

³² *Ibid.*, pág. 70.

ducción anteriores así como los gérmenes de constitución de otro futuro. De ahí que el estudio de una realidad social concreta deba validar, remodelar o contradecir los presupuestos teóricos del modelo en una interacción dialéctica teoría-realidad. En este empeño inscribe la noción de formación económico-social, que expresa la unidad y totalidad de las diversas esferas (económica, social, política, cultural, etc.) de una sociedad, en la continuidad y discontinuidad de su desarrollo histórico³³, ofreciendo, por tanto, unas bases para el estudio global de su desarrollo temporal (en la evolución y continuidad de sus estructuras), y en sus cambios, sus transiciones entre modos de producción dominantes.

³³ SERENI, E. «La categoría de formación económico-social». En *El concepto de «Formación económico-social»*. Cuadernos de Pasado y Presente, 39. Siglo XXI. Córdoba (México), 1976. Pág. 77.